



SIÉNTETE LIBRE DE amar

JESÚS ERNESTO MACÍAS GIL
Profesor de Educación Media Superior
Universidad Virtual del Estado de Guanajuato

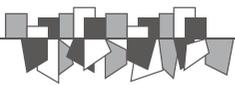
*“Dijiste alguna vez:
¿Por qué me persigues? ¿Por qué insistes conmigo
y no buscas entre tus almas afines? No me toques.
Contigo he aprendido a amar. Pero el amor es una
fuerza magnética que no se dirige siempre hacia
la persona que la engendró.
Creo que hubo un encuentro entre dos almas”*”.

Pedro Gandolfo, en una de sus mejores columnas para *El Mercurio de Santiago*, abordó la idea del amor y la libertad, y de cómo estos términos comúnmente se entienden como antagonistas en la vida del ser humano y en la búsqueda de sentido de la misma. Tal concepción del amor y el libre ir y venir del ser humano como opuestos no es cuestión de un momento histórico, sino que ha permeado la ideología durante siglos, a tal grado que es en la época actual un lugar común en la práctica y vida cotidiana.

Bajo la aguda visión del escritor chileno, el problema en esto es que el aparente antagonismo entre ambos elementos pone en juego la aspiración a la felicidad. El amor da la felicidad, pero priva de la libertad que es también felicidad. Sin embargo, Gandolfo expresa en su texto una idea muy distinta y simple: amor y libertad no son antagonistas. La supuesta antinomia amor-libertad parece nacer de una mala concepción de ambos fenómenos. En primer lugar, la libertad parece ser pensada en su versión *existencialista*, es decir, una libertad como la propuesta por Sartre, en la cual los seres humanos no están determinados de ninguna forma ni por ninguna fuerza. Una libertad que es, según Sartre, una condena.

Esta concepción de la libertad se enfrenta con una serie de problemas; los más obvios tienen que ver con su completa falsedad, pero Gandolfo encuentra una objeción más, que otro gran escritor ya había mostrado en sus obras. Antoine de Saint-Exupéry, mejor conocido por ser el autor de *El Principito*, expresa esta idea, y Gandolfo es atinado en reconocerlo. En la historia de *El Principito* se encuentra un rechazo a la idea de esa libertad existencialista, la cual carece de fines. Gandolfo, haciendo referencia a Spengler, encuentra que esta clase de libertad convierte al hombre en un “animal errante”: “La vagancia, el ir y venir depredador; el mundo no como casa ni morada, sino como temporal guarida”.

La moraleja en *El Principito* es clara. Ese tipo de libertad, como la del existencialismo de Sartre, es una “libertad autista, egocéntrica y autoerótica”; no es una buena candidata a la felicidad, algo que el mismo Sartre y los demás existencialistas supieron ver y advirtieron, pero que parece ser para sus pretensiones



cuasi pesimistas y contra la ortodoxia no representar un problema. Pero, ¿por qué esta versión de libertad no tiene como consecuencia la felicidad? Si nuestras intuiciones más simples nos hacen pensar que alguien que puede hacer lo que quiera, cuando quiera y sin que nadie le diga que no es, de una forma extraña y confusa, el ideal de felicidad. La razón de que tanto Gandolfo como Saint-Exupéry consideren errada esta idea es tan antigua como la misma filosofía griega, y de hecho se encuentra en la misma.

Aristóteles, de quien una de sus mayores aportaciones a la historia del pensamiento es su teoría ética, recalca en la misma una cuestión que, incluso ahora, no se ha podido demostrar que sea un error: la vida sin fines, y sin un fin mayor al cual aspirar, es una vida mal vivida. Pero la embestida en contra de la libertad existencialista es más demoleadora aún, ya que Aristóteles no se limitó sólo a hacer afirmaciones, sino que las fundamentó. Una serie de observaciones sobre las formas de vida llevó a Aristóteles a concluir que, independientemente de la cantidad de placer obtenido, la forma de vida que carece de fines no puede, por consecuencia, aspirar al fin último que es la felicidad.

Esa es la misma conclusión a la que Gandolfo y Saint-Exupéry llegan. En un estilo aristotélico, Saint-Exupéry concede que los fines, que se dirigen al fin último que es la felicidad, pueden en determinado momento llevarnos a arraigarnos, como una planta al suelo; sin embargo, esto no es una verdadera falta de libertad, y aunque lo fuera, habría mejores razones para pensar que hay un mejor candidato a la felicidad que el ser un libre caminante del mundo. Para Saint-Exupéry y Gandolfo, ese candidato serían los lazos, más específicamente los lazos del amor.

Es aquí pues donde las cosas se complican. El amor y sus variantes, dice Gandolfo en otra de sus precisas disertaciones, “son, en su esencia, lo que huye y evade la palabra”, es decir, ¿cómo definimos el amor, si de hecho lo pensamos como indefinible? Y es ése el problema en la concepción del amor que lo propone como contrario a la libertad: el amor no es nada y a veces es algo, como insinuara François de La Rochefoucauld en su famosa máxima número 76: “Con el verdadero amor ocurre lo mismo que con los fantasmas: todo el mundo habla de él, pero pocos lo han visto”. Así pues, de entre las tantas apariciones del amor, una de las más comunes, si no es que la más común, es el de pensarlo como una emoción. Pero esta concepción del amor, a pesar de ser muy atractiva intuitivamente, podría no ser del todo acertada. Harry Frankfurt, filósofo norteamericano, ha desarrollado una idea distinta y más interesante sobre el amor. El amor no es una emoción, no es un sentimiento, es un acto volitivo. Esta idea ya había sido expresada años atrás por otro filósofo español. José Ortega y Gasset remarcó también la idea de que la diferencia entre amor y enamoramiento radicaba en el carácter activo del primero, pero Frankfurt lleva esto más lejos, y añade que el amor es un “preocuparse”, es decir, amamos lo que nos preocupa, nos preocupa porque lo consideramos importante en sí mismo; lo que amamos es —usando jerga aristotélica— un fin al que aspiramos.

Amar es pues, un acto en el cual reconocemos la importancia de algo o alguien, al que concebimos como un fin al cual deseamos llegar. Al realizar el acto de amar estamos pues reconociendo que decidimos preocuparnos por alguien, ese preocuparnos es, en sentido estricto como considera Frankfurt, procurar el bien de lo que amamos, es decir, favorecerlo, procurar que sus capacidades se desarrollen plenamente, que sus posibilidades le sean favorables y realizables. Amar es en pocas palabras, decidir preocuparse de forma favorable por alguien.



Pero la idea de Frankfurt no termina ahí, ya que considera que el amor, además de ser una acción deliberada, es también una acción necesaria. ¿Cómo es esto de acción deliberada?, ¿entonces cómo puede ser necesaria? En la película “To the Wonder” (2012), el Padre Quintana –interpretado por Javier Bardem– recita lo siguiente: “Tú amarás sea que te guste o no. Emociones, ellas van y vienen como las nubes. El amor no es sólo un sentimiento; tú amarás. Amar es correr el riesgo a fracasar, el riesgo a la traición”.



EL GUÍA
ROBERTO ECHEVERESTE



La idea de esta pequeña frase es simple; en primer lugar concibe el amor de la misma forma que Frankfurt, como un acto, como un “decidirse a”, un “estoy dispuesto a preocuparme de ti, ya sea que tú te preocupes por mí o no”. En segundo lugar expresa la necesidad en la que piensa Frankfurt. El “tú amarás” no es un imperativo, sino más bien una afirmación a futuro, un pronóstico casi profético que se podría traducir casi como un principio: los seres humanos amarán tarde o temprano, porque el amar es parte de su forma de vida; su vida de hecho es lo que es por prácticas como el amar, y mientras tenga esa forma de vida, tarde que temprano, llevará a cabo el acto de amar, así como en algún momento lleva a cabo el acto de decidir.

Esta idea del amor no es, de ninguna forma, incompatible con nuestra idea de las emociones. Amar es una acción, pero dicha acción tiene detrás motivaciones, deseos, toda clase de contenidos mentales que podemos pensar. Relacionamos la emoción del *enamoramiento* con el acto de amar porque es común que la primera nos lleve a la otra; sin embargo, no son análogas. Estar enamorado es un suceso, algo que pasa fortuitamente, sobre lo cual no tenemos agencia. Amar es, por otro lado, por lo menos bajo cierta descripción –haciendo eco de la teoría de la acción de Donald Davidson– una acción intencional, sobre la cual podemos ofrecer razones y descripciones de causas de por qué la realizamos, por ejemplo, amamos porque estamos enamorados.

Finalmente, esto arroja más luz aún sobre las intuiciones de Gandolfo y Saint-Exupéry, sobre todo de este último y su idea de que los lazos de amor son mejores candidatos a la felicidad que la libertad de ir de allá para acá. Esto puede estar relacionado con lo dicho al principio: amar es un acto dirigido a un fin, los actos dirigidos a fines son, según la idea de Aristóteles, constituyentes de una vida digna y encaminada al fin último que es la felicidad, por tanto el amar es parte de una vida digna y con tendencia a la verdadera felicidad.

Todo lo anterior no entra en conflicto con la idea de libertad, pero una vez más, si esta idea de libertad es entendida de forma realista y moderada, y no la libertad existencialista; yendo a los extremos, aun y cuando uno quisiera seguir aferrado a dicha idea de libertad, o que fuera el caso que no pudiera abandonarla, tendría que reconocer que hay mejores razones para dar su brazo a torcer en favor de una forma de vida dirigida hacia fines como la vida de quien realiza el acto de amar, ya que la vida errante que propone esa libertad vagabunda, en palabras de Héctor Zagal, “[...] semeja una mala tragedia. Una existencia episódica es insensata. Con la diferencia de que en la vida real, ningún dios desciende del Olimpo para solucionar los entuertos humanos”.

Igualmente podemos seguir pensando en el amor como lo hemos hecho siempre, y pensar que ser felices, diría Gandolfo, es “preferir una libertad de vagabundo a una existencia enlazada a sentidos que coarten su errancia”. Pensar que es mejor no amar de la forma en que lo he descrito aquí, pues eso es problemático y nos limita, que “la libertad autista, egocéntrica y autoerótica puede parecer a algunos una solución que los libre del horror del abandono, del rechazo o de la ruptura”. Pero pensémoslo bien, pensemos en *El Principito*; ¿de qué nos sirve poder ir y hacer lo que queramos, si todo va a ser igual en todos lados? Si nunca vamos a ver una rosa diferente, única en todo el mundo que no existe en ninguna otra parte.